

Narrando la nación: Virtudes republicanas y justicia de Dios ante el desencanto positivista del siglo XIX

Fecha de envío: 3 de octubre de 2021

Fecha de aprobación: 3 de diciembre de 2021

Resumen

A partir de un enfoque en una paradigmática del Estado incipiente y la historia socio-política del bandido hispanoamericano (Zárate, 1982), de Eduardo Blanco el presente estudio pretende mostrar cómo fue que este autor de esta obra decidió recurrir a la historia nacional para distanciarse de su presente político y desde ahí, textualmente, atacar al político burgués advenedizo, el bandido materialista protegido bajo la máscara de la legalidad que este mismo dictaminaba. Veremos el militar conservador (Blanco) que había combatido para crear el nuevo orden termina oponiéndose a este por comprender un nuevo curso administrativo en la política, la cultura y la sociedad en general; un nuevo curso, según lo expondrán en su obra, Blanco hizo uso de la imaginación histórica (su versión novelesca de la historia) no necesariamente para ocuparse de Zárate como bandido de la historia social, sino por medio de este personaje liberar sus pasiones políticas presentes- de desencanto- y exponer su versión de lo que debería de ser la forma más efectiva de prever el orden comunitario aniquilando a toda clase de bandidos por sus actos de naturaleza delictiva y antisocial. Era esta, sin duda, una crítica directa a los nuevos letrados burgueses advenedizos oportunistas, panegiristas del incipiente régimen positivista dictatorial sostenido por figuras militares.

Palabras clave: bandido hispanoamericano, historia nacional, liberalismo, Estado Incipiente.

Abstract

Narrating the nation: republican virtues and God's justice in the face of the positivist disenchantment of the 19th century.

Parting from a focus on two paradigmatic works on the incipient State and the sociopolitical history of the Hispano-American bandit, Zárate (1982) by Eduardo Blanco, this study pretends to show how this author decided to resort to national history in order to distance themselves from the political present, and, from that field, denounce the bourgeois political parvenus, and the materialistic bandits shielded behind the mask of a self-dictated legality. We will see how the conservative military (Blanco), who had fought for creating a new order, end up opposing this after understanding the new administrative course of politics, culture, and society in general; a new course that, as they would claim in their literary works. We will also observe how this author, Blanco, made use of the historic imagination (their novelesque vision of history) not necessarily in order to deal with Zárate as bandits of social history, but to, through these characters, relieve the political passions present in that time (burdened with disenchantment), and to portray their version of what should have been the most effective way to preserve the community order, by obliterating all kind of bandits because of their acts of delinquent and antisocial nature. This was, undoubtedly, a direct criticism to the new learned bourgeois upstarts, flatterers of the incipient dictatorial positivist regime supported by military figures.

Keywords: Hispano-American bandit, national history, liberalism, Incipient State.

Alejandro Cortázar
Louisiana State University
 acortaz1@lsu.edu

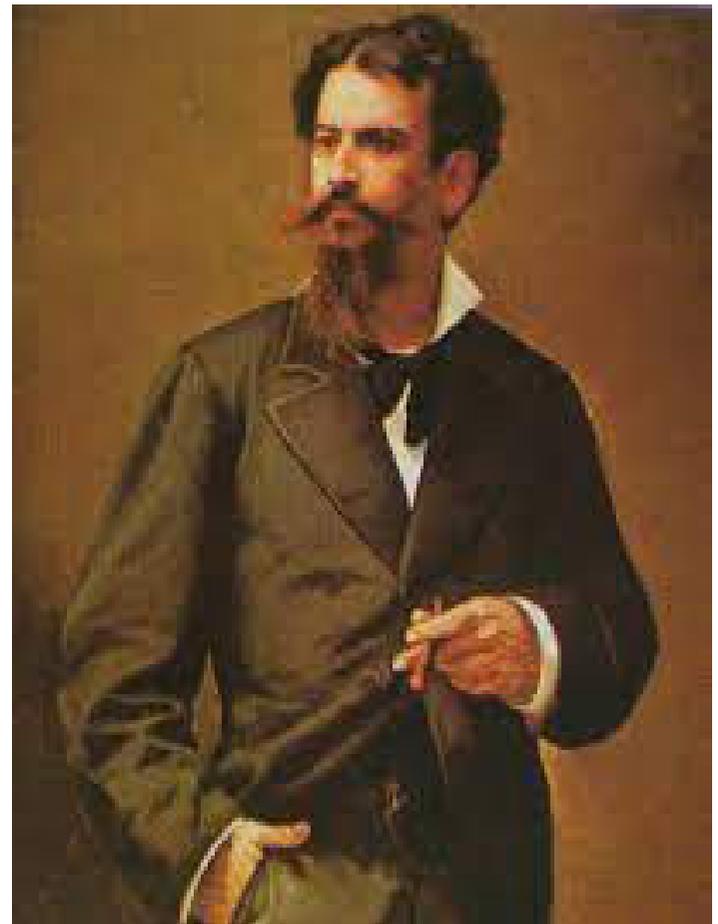


Eduardo Blanco

Zárate

Monte Ávila Editores Latinoamericana

Eduardo Blanco



En este trabajo se analiza la novela *Zárate* (1882), de Eduardo Blanco, como obra paradigmática del Estado incipiente y la historia sociopolítica del bandido hispanoamericano. En su creación Blanco opta por recurrir a la historia nacional para distanciarse de su presente político y desde ahí, textualmente, atacar al político burgués, el bandido materialista protegido bajo la máscara de la legalidad que éste mismo dictaminaba. Veremos cómo el autor, militar conservador (Blanco) que había combatido para preservar el nuevo orden dictatorial termina oponiéndose a éste por emprender un nuevo curso administrativo en la política, la cultura y la sociedad en general; un nuevo curso, según lo expondría en sus obras, que carecía de cohesión moral y social y de la justicia de Dios que revaloraba el pasado de la clase aristocrática para ubicarse de nuevo como clase dirigente de la comunidad. Veremos asimismo cómo el autor de *Zárate* hizo uso de la imaginación histórica (su versión novelesca de la historia) no necesariamente para ocuparse de Zárate como bandido de la historia social, sino para por medio de este personaje liberar sus pasiones políticas presentes—de desencanto—y exponer su versión de lo que debería de ser la forma más efectiva de prever el orden comunitario aniquilando a toda clase de bandidos por sus actos de naturaleza delictiva, inmoral, antisocial. Era ésta, sin duda, una crítica dirigida al nuevo orden (sustentado por/para los positivistas burgueses) que, con la consigna de proyecto liberal modernizador, amenazaba substituir el pasado tradicional.

De acuerdo con Roger Picard, en su reacción al espíritu clásico de didactismo, abstracción y monotonía en la forma, y también debido a su ferviente deseo de encontrarle un nuevo sentido a la existencia, los románticos franceses “querían pedir al sentimiento, a la historia y a las tradiciones nacionales, a la religión cristiana, así como también y secundariamente, al exotismo o a lo fantástico, temas y efectos nuevos, tratados con entera libertad de medios” (18). Acudieron a la imaginación y las pasiones para darle sentido a un idealismo moral ya fuera tratándose “de los dramas de la conciencia individual, ya de los problemas de la vida social” (19). Este grupo de reformadores y poetas románticos (desde Saint-Simon y Charles Fourier hasta Víctor Hugo y otros) contaban con un espíritu inagotable y siempre se esmeraron por proyectar en sus obras “todas las facultades humanas en acción” (Picard 19). De aquí luego surgió que el sentimentalismo de esta joven escuela se aliara “perfectamente con la fe cristiana y monárquica, que estaba tan íntimamente mezclada con la historia nacional y con aquella Edad Media de tanto color, en la que los románticos buscaban sus inspiraciones” (Picard 21). Sin embargo, continúa Picard,

El romanticismo iba bien pronto a identificarse con el liberalismo, tanto en el plano social como en el literario. En época temprana aparecieron junto a los románticos tradicionalistas, los plebeyos, y si sondeamos a fondo el temperamento de un Hugo o de un Michelet, se encontrará que sentían como si perteneciesen al pueblo cuyas aspiraciones compartían (21)

De manera que con este fervor romántico surgiría la novela histórica con un amplio sentido de revaloración del pasado: se recordaban las pasiones, el heroísmo y el honor de los combatientes que habían defendido y hecho posible la cohesión de su comunidad. Eran novelas nacionalistas y nacionales a su vez: nacionalistas por su contexto (esto es, identificación con la comunidad, y reacción y defensa de la misma) y nacionales por sus tipos, regiones y mentalidades bien definidas por el tiempo histórico. Aunque también habría de surgir la novela sentimental, con la descripción paisajista como analogía de los estados de ánimo, y la novela social que proyecta el ideal progresista de la comunidad tanto en lo moral como en lo material.

Nuestros escritores hispanoamericanos que se nutrieron de esta efervescencia romántica (algunos pudieron vivir el momento en Europa, Como Andrés Bello, Esteban Echeverría, y el propio Eduardo Blanco) se propusieron adoptar este modelo novelesco europeo para interpretar la realidad de nuestras jóvenes repúblicas. De hecho, hacia mediados del siglo diecinueve algunos de nuestros literatos coincidieron en que la novela era el género mediante el cual se podía ensayar mejor las fuerzas y los anhelos de la nación¹. Mediante su imaginación, nuestros novelistas se encargarían de recrear la nación teniendo en cuenta que era necesario reconocerla, valorarla y venerarla asimismo cuestionando y a la vez tratando de eliminar, mediante la reflexión crítica, sus parásitos, sus vicios y sus errores.

Siguiendo estos parámetros, indudablemente *Zárate* se nos presenta como una novela que podemos catalogar como “nacional” en la medida en que en ésta se vislumbra un tipo (el caudillo llanero, José Antonio Páez, héroe de la nación) y un contexto histórico particular venezolanos (la “contrarrevolución”, el desmembramiento de la revolución democrática de Bolívar). Lo cuestionable, o quizás innovador, es que, así como ya lo habían hecho algunos otros escritores hispanoamericanos, Blanco no solamente acudirá a la historia para ubicar y valorar, a su modo, cierto heroísmo y orgullo patrio. Como bien lo ha señalado ya Bolet Toro, en *Zárate* “la perspectiva sobre la cual se construye la nación y la identidad nacional, está íntimamente asociada a la nostalgia y recuperación del pasado tradicional” (9). Esta forma de prever la nación está basada en la propiedad de la tierra, la herencia, la alcurnia y los títulos nobiliarios. ¿Por qué retroceder a este tipo de nación en 1882 cuando ya desde 1870 Venezuela había entrado al mundo de la modernidad social, cultural e industrial? En *Zárate* se trataba precisamente de un mundo opuesto al de la burguesía, el nuevo sector de la clase dirigente que basaba su poder en el marco jurídico de la Constitución de 1864 y un proyecto revolucionario, modernizador que hacía posible la libertad de imprenta, la educación pública y—con una tendencia anticlerical—las leyes civiles y la libertad de cultos. 1870 es el año en que el nuevo caudillo en el poder, Antonio Guzmán Blanco, “expresó la sentencia que tanto se le enrostró después, cuando dijo que terminaría con los godos [los criollos realistas] hasta como sector o clase social” (Carre-

¹ sí lo asentó primeramente en su novela de 1858, Gil Gómez el insurgente o la hija del médico, el mexicano Juan Díaz Covarrubias.

ra Damas 68), promoviendo consecuentemente la nueva valoración del indio como parte integral de la identidad cultural venezolana (véase Fernández 76). Se tambaleaba el mundo tradicional y Eduardo Blanco, reaccionando a la política liberal, aparentemente como portavoz de la oligarquía y la ideología conservadora de dicho mundo, nos haría recordar que Venezuela había nacido como república, a raíz de la batalla de Carabobo, como “una decisión militar más que política” conformándose como nación bajo el liderazgo del general José Antonio Páez.²

De manera que en *Zárate* el héroe que habrá de representar y reivindicar esta idea de nación tradicionalista es un capitán del ejército republicano vuelto de Europa hacia cuatro años, su nombre Horacio Delamar y Cienfuegos; vástago de la aristocracia venezolana cuya formación intelectual europea (con referencias particularmente a Francia y la Edad Media) le habrá de servir como el referente análogo preciso para encumbrar su sentimiento nostálgico respecto a su estirpe familiar y el reino terrenal de ésta³. En su misión de ir a aprehender al bandido Santos Zárate, Horacio va acompañando de su amigo Lastenio, artista también con formación europea, quien sufre de una decepción amorosa y al estar en Venezuela todo le cae mal y lo fastidia. Horacio, el combatiente de pensamiento y acción trata de reactivarlo en su estado anímico reprochándole el que sólo pueda encontrar sentimiento y poesía en las tradiciones de otros tiempos. El suelo venezolano también tiene estas bellezas, y para poderlas apreciar basta con acudir al genio de la imaginación. Figúrate, dice Horacio,

porque la imaginación lo puede todo, que eres un menestral que viaja en compañía de un paladín de la Edad Media, ... que nos dirigimos a un antiguo castillo, poblado de recuerdos sombríos y de fantásticas tradiciones, donde mora encantada doncella por quien se han roto lanzas en ruidosos torneos; que su padre es un buitre de aquellos buenos tiempos, orgulloso como un duque de Borgoña e insolente como un bastardo real; figúrate todo eso, y

² Cierto, y esto se ratifica con el hecho de que en lo social, por ejemplo, Carabobo no resolvió el problema de la esclavitud ni la aspiración igualitaria de los pardos, pues esto desestabilizaría la economía nacional basada en gran parte en el sistema agrícola de hacienda. Esta crisis de estructura socioeconómica se extendería hacia 1870. No obstante, cabe recordar que esta crisis se derivaría de la decisión política de Bolívar, después de Carabobo, que en su momento tenía por objetivo la pacificación y la continuidad del orden social dictando “bandos para tranquilizar a la población, asegurándole que no venía como conquistador sino en representación de una nueva política, y ésta era de tolerancia, de comprensión, lo que significó que el sector al cual Soublette llamaba los godos ingresó al nuevo orden social y político sin pérdida de sus atributos de poder” (Carrera Damas 67).

³ Si bien Horacio Delamar, a pesar de afirmar que no es “de los que creen en la predestinación” y, por otro lado, ser “de los que sostienen que el hombre, árbitro de su suerte por el libre albedrío, es lo que quiere ser”, los únicos predestinados por el autor a ser lo que quieren ser son Horacio y su familia. Recuérdese que Santos Zárate desea regenerarse, pero en última instancia su mejor aporte para la sociedad es su muerte a manos de Horacio, de lo que muy a su pesar, don Carlos Delamar sólo puede interpretar como “Justicia de Dios”.

más si se te antoja, y verás cómo la chimenea del trapiche de mi tío, donde te he de llevar, aparece a tus ojos más soberbia y majestuosa que el vetusto torreón de Vincennes; y cómo la modesta habitación donde nos alojaremos esta noche adquiere las magníficas proporciones del castillo de Windsor. (40-41; mi subrayado)

Tenemos aquí la educación y la historia europea como antesala a la realidad venezolana desconocida por Lastenio; según Horacio, al recordar “aquellos buenos tiempos” Lastenio podrá apreciar que la hacienda El Torreón del tío Carlos es más “soberbia y majestuosa” que el feudo de la Edad Media—y cabe agregar que por cuestiones geográficas e históricas ahora los siervos tendrán su etiqueta de esclavos.

La historia de la novela gira en torno a la figura del bandolero Santos Zárate, según Blanco, producto de la superstición y la incredulidad creada por el caos sociopolítico de la época; la negligencia, la ineptitud y el soborno de las leyes. Parte verdad, parte ficción. La realidad social era que “los campesinos [entre estos muchos llaneros] sin ninguna preparación castrense, eran arrebatados de sus pueblos, separados de sus familias y de su lugar de trabajo y obligados a asumir unas responsabilidades y tareas para las cuales no estaban preparados” (Fernández 78). En tiempos de receso bélico, estos individuos eran despedidos sin más gratificación que las gracias. Su condición de desempleados y su recién adquirida práctica (militar) del saqueo era en realidad una de las principales causas que los impulsaba a incursionar en el bandolerismo como medio de subsistencia.

El narrador sostiene que a partir de 1825 el resurgimiento del fanatismo pagano empezó a dominar en la creencia y la imaginación del pueblo en su diario vivir. “Dada en la época aludida la sencillez de nuestro pueblo, fácil es conjeturar que no faltasen quienes en provecho propio la explotasen” (239). El autor crea este contexto para introducir a Zárate como el terror de “los campesinos del valle de Aragua” (239). “A fuerza de penetración y suspicacia”, dice el narrador, “Zárate había llegado a hacer creer a sus propios adeptos que poseía la socorrida facultad de la adivinación, que no había medio de engañarle ni de sustraerse de sus crueles venganzas” (241).

El bandolero les asigna a sus compañeros hacer algunas diabluras en diferentes lugares tratando, dice “de hacer creer que soy yo mismo quien a la vez estoy en todas partes” (251). De un bandido de maquinaciones oscuras, subversivas, de brujo y estratega, luego Zárate pasará a “otra parte” para actuar como el héroe que todos aplauden y que asimismo desconocen (el Villalobos que le salva la vida a Horacio en medio del redondel). Es el personaje de varias caras ocultas, en este sentido muy parecido al doctor Sandalio Bustillón, un ser “de aspecto vulgar y repulsivo”, dice el narrador, “aunque de maneras cultas y corteses y halagador, cuando no áspero y altivo”, asimismo sagaz en los asuntos de su profesión y de notoria acrisolada probidad. Según sus apo-

logistas, que el doctor contaba con millares, no existía nadie que se le pareciese, ni podían comparársele, siquiera fuera en ilustración y buen decir, los más letrados de Caracas y de la capital de la República. (71-72)

Con todo esto, continúa el narrador, Bustillón “no tenía alcurnia nobiliaria ni una sola de las prendas morales y físicas que adornan al simpático capitán” (78). De manera que para consolidar su imagen pública de poder y honorabilidad, Bustillón se verá precisado a pretender la mano de Aurora Delamar. Pero ésta ama a Horacio a quien Bustillón ha mandado encarcelar por supuesta complicidad con Zárate. Entonces Bustillón ofrece intervenir para lograr la libertad de Horacio a cambio de que Aurora acepte ser su esposa. Como su soborno no surte efecto en las mentes intranquilas de los Delamar, luego arremete ofreciendo sumas de dinero por la mano de Aurora. En esto la indignación de don Carlos llega a sus límites exclamando que “qué vale la vida sin la honra” (414) aludiendo a la tradición que depositaba en el ser femenino la honra familiar y el estatus de clase social, aristocrática en este caso. Aun tiene la esperanza de que Horacio sea hallado inocente y Dios lo pueda ayudar. Así continúa el diálogo: “—Para Dios [Horacio] no es culpable—dijo cínicamente Bustillón—, pero lo es para los hombres, y estamos en la tierra” (415), de lo que se advierte que la justicia de los hombre la dispone él, Bustillón.

A esta “justicia de los hombres” el autor la contrapone con la justicia de la historia patria en la figura del general Páez, quien absuelve a Zárate por su valentía, arrepentimiento y disponibilidad para hacerse un hombre de bien moral y socialmente. Parte de la condición para ese bien moral es hacer que Horacio recupere su libertad y que pueda casarse con Aurora, ya que por su culpa Horacio se encuentra encarcelado. Lamentablemente la violencia tiene que ser parte de este “bien”, pues para ello Zárate necesita aniquilar al doctor Bustillón.

Horacio obtiene su libertad sin darse cuenta de los acontecimientos. En su camino hacia Aurora, el recto militar, cazador de bandoleros, se encuentra con Zárate y se bate con él hasta que logra matarlo en duelo. Así, eliminando a Zárate se eliminaba físicamente al bandido, simbólicamente a la serie de bandidos (porque así como Bustillón, Zárate estaba en varias partes a la vez) y a la inmoralidad social. Esto, en la mente del patriarca don Carlos no era otra cosa sino la “Justicia de Dios”; lo que por medio del casamiento de Horacio y Aurora Delamar hacía posible la conciencia y la unidad aristocrática.

Por medio de *Zárate*, como producto de su pensamiento, su estética y su moral, Eduardo Blanco se propuso proyectar la aristocracia como modelo dominante de la historia social venezolana del siglo diecinueve, sin duda, como reacción al inicio del proceso del nuevo orden modernizador que amenazaba con eliminar ese pasado tradicional del que él también formaba parte. Eliminando a los Bustillones se eliminaría el bandolerismo y podría continuar el orden social con el mandato divino de la aristocracia. Proyecto de nación fallido: Bustillón, el mestizo

intelectual, burgués advenedizo, político oportunista, representaba ya en gran parte el paradigma del criollo o mestizo latinoamericano que en aras del progreso de la nación aspiraba a trascender su origen social mediante el oportunismo de la política: lo irónico sería que una vez logrado su objetivo político-material le era preciso identificarse o encontrar algún nexo europeo o de alta alcurnia a su vez que repudiaba o pretendía ocultar su verdadero origen tratando de equilibrar su estatus político-económico con el social. Esto lo previó el autor pero no lo explicitó quizá por temor a posibles represalias:

--¡Oh, tened piedad de mi inocente hija! [dijo don Carlos]

--¡Piedad!...—repitió Bustillón con amargura—. ¿Acaso existe alguien que de mi la haya tenido nunca? (413)

Bibliografía

Barnola, Pedro P. *Eduardo Blanco, creador de la novela venezolana: estudio crítico de su novela Zárate*. Bogotá: Pontificia Universidad Católica Javeriana, 1954.

Blanco, Eduardo. *Zárate*. Caracas: Monte Avila Editores, 1997.

Bolet Toro, Francisco José. “Zárate: las máscaras y los signos de la identidad nacional.” *Revista de Literatura Latinoamericana* 36 (1998): 7-24.

Carrera Damas, Germán. *Una nación llamada Venezuela*. Caracas: Monte Avila Editores, 1997.

Díaz Covarrubias, Juan. *Gil Gómez el insurgente o la hija del médico*. México, D. F.: Porrúa, 1991.

Díaz Seijas, Pedro. *Historia y antología de la literatura venezolana*, t.1. Madrid/Caracas: Jaime Villegas Editor, 1953.

Fernández, Edmée. “El guzmancismo en la novela venezolana.” *Venezuelan Literature & Arts Journal/Revista de Literatura y Artes Venezolanas* 2.1 (1996): 71-84.

Meneses Linares, Javier. “Zárate: la visión de un momento en el proceso histórico de la Venezuela de finales del siglo XIX o el narrador que hace la historia a través de la ficción.” *Espéculo* 10 (www.ucm.es/info/especulo/numero10/zarate.html).

Parra, Juan Darío. *Orígenes de la novela venezolana*. Maracaibo, Ven.: Universidad del Zulia, 1973.

Picard, Roger. *El romanticismo social*. Trad. Blanca Chacel. México, D. F.: Fondo de Cultura Económica, 1947.

Picón-Salas, Mariano. *Literatura venezolana*. México, D. F.: Editorial Diana, 1952.

Salcedo-Bastardo, J. L. *Historia fundamental de Venezuela*. Caracas: Fundación Gran Mariscal de Ayacucho, 1977.